OPINIÓN

El Comercio abre sus páginas al intercambio de ideas y reflexiones. En este marco plural, el Diario no necesariamente coincide con las opiniones de los articulistas que las firman, aunque siempre las respeta.

EL MILITARISMO

Oda al desertor

– **ALFREDO BULLARD** –
Abogado

Hace unas semanas mi buen amigo Armando Guevara me prestó un libro de James C. Scott. En él encontré una historia que recordé el día de la parada militar por Fiestas Patrias.

Al poco tiempo de la caída del Muro de Berlín y durante el proceso de unificación, un grupo de anarquistas de Alemania Occidental decidieron hacer una travesura de gran valor simbólico. Fueron paseando en un camión una estatua hecha de papel maché y transportándola de una plaza central a otras de distintas ciudades de Alemania Oriental. Se trataba de la silueta de un hombre corriendo tallada en lo que parecía un bloque de granito. La llamaban Monumento al Desertor Desconocido de Ambas Guerras Mundiales y le colocaron como leyenda: "Esto es para el hombre que se rehusó a matar a su prójimo".

Como comenta Scott, le llamó la atención el ingenioso uso del gesto, universalmente aceptado, de homenajear al Soldado Desconocido, un personaje oscuro y anónimo cuyo mérito fue haber muerto de manera honorable en batalla para cumplir los objetivos nacionales. En este caso, el gesto se invirtió para homenajear al que se negó a participar en la guerra. Por supuesto que la estatua de papel maché permanecía en cada plaza hasta que las despistadas autoridades descubrían la travesura y removían el monumento que no les causaba ninguna gracia.

El militarismo parece apropiarse fácilmente de la conciencia de los pueblos y sus valores. Convertimos en valor el amor a las armas y en traición su repudio. El patriotismo ha sido la víctima más evidente. Celebramos nuestro día nacional con un desfile en el que se rodea de orgullo tanques, aviones, cañones y demás aditamentos con capacidad para destruir. Los discursos identifican lo cívico con lo militar y solo se es patriota si aceptamos lo bélico. Curiosamente, para ser cívico no se puede ser solo civil. Ser militar es más importante para la patria que ser maestro, médico, cocinero, abogado, obrero o artista.

DESFILE

El patriotismo militarizado parece tan peligroso como las religiones dogmáticas fundamentalistas.

El centro del patriotismo es entonces cómo enfrentar a un enemigo y no cómo acercarnos a los demás.

La disciplina rígida, el tono marcial, la pisada fuerte, el infundir temor, se convierten en la esencia de lo peruano. Y la deserción (el negarse a hacer la guerra) es un acto de traición.

Y no nos limitamos a la Parada Militar del 29. Los estudiantes de los colegios tienen que marchar, vestir boinas y portar estandartes de manera similar. Celebrar es mostrar que estamos preparados para la guerra y no para la paz.

Ese tipo de civismo me parece abominable. El patriotismo militarizado parece tan peligroso como las religiones dogmáticas fundamentalistas: colocan la dignidad del hombre detrás de un valor colectivo indefinido, casi metafísico, en el que hay que creer por fe antes que por el uso de la razón. Morir por la patria es más importante que vivir por ella.

Deberíamos cambiar radicalmente nuestra forma de celebrar. El Acta de Independencia fue más una declaración civil que una declaración militar, donde personas e instituciones relevantes se pusieron de acuerdo en cómo queríamos vivir. Las armas fueron solo un medio, no un fin.

Si no podemos eliminar a las fuerzas armadas, deberíamos reducirlas a lo que son: solo una parte más de lo que es ser peruano. Y ni siquiera la parte más relevante.

Una imagen del último desfile, reflejada en una fotografía, pasó casi desapercibida en la prensa. Un comando, emocionado durante el desfile, rompió filas, abandonó su escuadrón, y corrió a abrazar a su madre en el público. No sé si su pequeña y pasajera deserción ha sido castigada. No me extrañaría. Pero ese abrazo, desprovisto de marcialidad, de disciplina, de militarismo, me parece un homenaje más significativo a la patria que el derroche inútil de recursos para pasear toneladas de armamento y mostrar así nuestra capacidad de matar al prójimo.

ILUSTRACIÓN: GIOVANNI TAZZA

PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Al cielo no van los políticos

– **EMILIO NOUEL V.** –
Columnista del diario "El Nacional" de Venezuela

Los políticos lo saben, esa es su cruz. Ellos no van al paraíso, no tienen reservado el cielo. Los que han sido exitosos en el mundo, los que han alcanzado grandes logros imperfectos para sus naciones, en alguna de las pailas del infierno están.

Allí los veo per saecula saeculorum y en cordial conversa: Roosevelt, Churchill, De Gaulle y hasta Mandela, por solo ceñirme al siglo XX.

Por supuesto, aludo a los que han tenido la política como profesión, vocación y pasión, los entregados en cuerpo y alma a esa actividad. Los que se han formado para ejercerla y han asumido riesgos, que han acertado y se han equivocado también, los derrotados y los triunfantes. En este grupo no corren los que solo tienen como credenciales las buenas intenciones, los que se pierden en los vericuetos de la política desde una visión naif y no comprenden la necesidad de dialogar, negociar, retroceder, avanzar, acordar y ceder frente al adversario, así sea con un pañuelo en la nariz, cuando las circunstancias lo imponen.

Conocido es que Niccolò Machiavelli, en su lecho de muerte, tuvo un sueño que habría relatado a sus amigos.

En el famoso sueño vio pasar a un grupo de personas tristes, andrajosas y con rostros de haber sufrido mucho, y les preguntó adónde iban; estos contestaron que eran santos y beatos de camino al cielo. Después observó a otro grupo de señores bien vestidos, elegantes, en conversa animada sobre temas políticos trascendentes, entre los que pudo reconocer a filósofos, a Platón y a Plutarco, ellos eran los condenados a las hogueras eternas del infierno.

Resulta obvio a cuál de los dos grupos Machiavelli preferiría después de muerto.

Cierta o no esta anécdota, de ella se podría deducir que el paraíso no podría resultar atractivo para un político que se precie. Le resultaría más interesante estar en el Averno, pues se podrá encontrar con los grandes hombres que idearon y construyeron repúblicas con sus ideas. En una de sus pailas, con seguridad, la pasarán mejor que en un aburrido cielo.

Viene a cuento esta evocación al momento de reflexionar acerca de nuestra situación política particular y cómo ven a los políticos ciertos sectores del país. Sobre todo, cuando veo los nefastos efectos de la antipolítica en acción, la misma que llevó al poder a la barbarie que hoy destruye al país.

Aunque vivimos una situación que precisa de la incorporación del mayor número de personas, el papel del profesional de la política es central. Es a él a quien debemos confiar la tarea, no a improvisados, "incontaminados" que en lugar de hacernos avanzar en la lucha por recuperar la democracia, nos retroceden.

Si no se comprende que la del político es una profesión que exige no solo voluntad, vocación y entrega, sino también preparación técnica y experiencia, y que, por tanto, a él deben encomendarse los asuntos de la polis, del gobierno; si seguimos pensando que bastan las agallas o los buenos deseos para conducir una lucha política o administrar un gobierno, el resultado, en el caso nuestro como en cualquier otro, será el fracaso.

La alergia que se tiene a los políticos, atizada por muchos que se asoman a la política a partir de concepciones pacatas, moralistas, románticas o seudorreligiosas, es la causa directa de ingentes errores de apreciación, de los que tenemos pruebas bien amargas.

Para Machiavelli, el cielo sería muy aburrido con tanto personaje sombrío y triste.

Para él, un político que no solo reflexionó y escribió, sino que también tuvo una experiencia práctica, la vida en el infierno sería más atractiva.

Que el cielo quede para los bien intencionados, los moralistas, los inflexibles, los principistas, los del "todo o nada", los que ven las cosas en blanco o negro y sin grises; los maniqueos, los impacientes, los supuestamente puros.

Para los otros, los que realmente concretan los cambios políticos y sociales porque esa es su especialidad, los que se atreven a equivocarse, les queda la recompensa de no aburrirse en la otra vida, si es que existe un más allá.

RINCÓN DEL AUTOR

El (ex) 'outsider' y el 'selfie'

CARLOS MELÉNDEZ
Politólogo

Ollanta Humala pasó de 'outsider' antisistema a gobernante en "piloto automático" con apretada rapidez. El apurado tránsito, sin embargo, estuvo repleto de improvisaciones: giros en el plan de gobierno, cambios en los equipos asesores y tecnocráticos, volatilidad de los cargos ministeriales, contracción y huida de ex leales parlamentarios. Han sido cuatro años de "administración nacionalista" –entendida como la ausencia de un norte común en el Ejecutivo, más allá de evocaciones políticamente correctas ("inclusión social")–.

Cada ministerio ha corrido una suerte independiente a la de Palacio de Gobierno. Da la impresión de que pocos ministros se sienten parte de un "proyecto compartido". Sus incentivos tienen que ver con aspiraciones profesionales propias y, en el mejor de los casos, con "poner el hombro por el Perú", pero no aportan a un proyecto político, a una interpretación de país, a una lectura de la realidad. La gestión sectorial es 'selfie' en ese sentido, ensimismada en los indicadores de sus personalizadas carteras. Así, la controvertida foto en la puerta de Palacio, del 28 de julio, es la metáfora perfecta sobre estos años humalistas. Es la parcelación del Ejecutivo, especialmente, de sus méritos; una buena "foto para el face", una oportunidad perdida para que el ex 'outsider' pase a la historia como estadista.

No es casual que el discurso presidencial evidenciara desbalances entre sectores. Mientras algunas carteras mostraron resultados concretos, como Educación –que incluso ejemplificó con nombres propios de escolares y docentes las primeras pruebas de la reforma sectorial–, abundaron los vacíos o los planes y propuestas que se puede llevar el viento. En materia de lucha contra la inseguridad, asoman iniciativas jurídicas loables que verán restringida su eficacia por la atomización de las políticas de Estado con que se enfrentan la delincuencia y el sicariato. En Lima, se expande el crimen. Trujillo se ha convertido en la ciudad de la eterna balacera.

El 'copy paste' sectorial del último mensaje de Fiestas Patrias delató la ausencia de un trabajo cohesionado, fue un reporte de logros y metas al viejo estilo 'oenegero'. El abuso del listado sin narrativa integradora trasluce la comprensión de los peruanos en beneficiarios (o pobladores) antes que en ciudadanos. Si las políticas sociales no suman a la resolución de los grandes ejes de deficiencia estatal como el centralismo, la informalidad y el déficit político institucional, la gestión pública se estanca, se vuelve mediocre. Los avances alcanzados no son suficientes para poner en piloto automático al Estado –como ocurre con la economía.

El presidente Humala tiene una doble misión en su último año. Por un lado, afianzar el impulso reformador en aquellos sectores –Educación, Salud– en los que aún es posible concretar transformaciones estructurales positivas. Por otro lado, empezar a elaborar la interpretación de su legado, al enfatizar avances tanto como obstáculos y debilidades; integrar la autocrítica (lo cual recortará, a su vez, el daño de la oposición); y alejarse del proselitismo político (a favor de su candidato presidencial). Recordemos que la campaña, en términos prácticos, ya empezó.

HABLA CULTA

– **MARTHA HILDEBRANDT** –

A poncho. Resulta realmente incongruente que la locución de la lengua familiar del Perú *a poncho* aún signifique figuradamente 'descubierto de todo conocimiento en alguna materia', puesto que *poncho* expresa la idea de abrigo: es una prenda de vestir hecha generalmente de lana. Véase un uso del *Tunante* sobre un diplomático de Pelagatos, quien "se atiene a la simple información de uno o dos periódicos, que lo tienen al tanto de las picardías políticas y que lo mantienen *a poncho* del conocimiento del país" (*Cien años de vida perdularia*, Lima 1921, p. 173).

El Comercio

Director General: FRANCISCO MIRÓ QUESADA C.

Director Periodístico: FERNANDO BERCKEMEYER OLAECHEA

Directores fundadores: Manuel Amunátegui [1839-1875] y Alejandro Villota [1839-1861]
Directores: Luis Carranza [1875-1898] -José Antonio Miró Quesada [1875-1905]
-Antonio Miró Quesada de la Guerra [1905-1935] -Aurelio Miró Quesada de la Guerra [1935-1950]
-Luis Miró Quesada de la Guerra [1935-1974] -Óscar Miró Quesada de la Guerra [1980-1981]
-Aurelio Miró Quesada Sosa [1980-1998] -Alejandro Miró Quesada Garland [1980-2011]
-Alejandro Miró Quesada Cisneros [1999-2008] -Francisco Miró Quesada Rada [2008-2013]
-Fritz Du Bois Freund [2013-2014]